

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Maximiliano Sauza Durán

“Bardo, un elogio”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 64, abril-junio de 2023, pp. 86-87.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Bardo, un elogio

Maximiliano Sauza Durán

18-11-22

Sales del cine. No hay palabras en tus labios. Tu mente se cuece, hirviendo, en su propio caldo. Es ocioso querer descifrar lo que acabas de ver.

Una primera impresión, reflexionada en el taxi, es el juicio que ya leíste en Twitter. Al momento en que esto escribes (11:19 am, 19-11-22) el tuit de Margo Glantz, que ya tiene seis días en la red, casi alcanza los 500 RT y más de 4 100 likes: “Creo que NUNCA había [sic] visto una película tan insoportable, pretenciosa, larga, estúpidamente filosófica como *Bardo*”.

Quiero pensar que la escritora no habla en serio, o que habla en serio en el mismo código que pone sobre la mesa González Iñárritu (México, 1963) en este filme.

Pero, ¿de qué va *Bardo*? El desapego me parece ser su tema central; se bifurca por varios senderos. El protagonista, Silverio Gama (interpretado por Daniel Giménez Cacho) es un exitoso documentalista mexicano, radicado entre México y Estados Unidos,

A pesar de ser una opinión simplona, no miente del todo: *Bardo* es una autobiografía, y como toda autobiografía, la conjugación del alma del artista con su contexto histórico-cultural es la materia que hace resplandecer el fuego de su hoguera.

absorbido por sus traumas (la infancia, sus padres, un hijo muerto al nacer), incapaz de arrancar su vida personal de la pública. La película, “falsa crónica”, es el documental de su vida, la relación de sus tormentos, llámense éxitos o fracasos.

Otro tuit –este sí, que peca de tonto– alega que *Bardo* suena a *Birdman*, y que Iñárritu quiso hacer una película de esta película. A pesar de ser una opinión simplona, no miente del todo: *Bardo* es una autobiografía, y como toda autobiografía, la conjugación del alma del artista con su contexto histórico-cultural es la materia que hace resplandecer el fuego de su hoguera. Así como leemos el *Ulises* de Joyce (publicado hace 100 años antes de *Bardo*; un dato que dudo será pura casualidad) creo que debemos ver la película a partir de su título: Iñárritu aquí apuesta por ser un Shakespeare, un cantor de verdades disfrazadas en lo que Mario Vargas Llosa llamaría “la verdad de las mentiras”, es decir, la ficción pura, la ficción que se alcanza no por lo que se dice sino por el cómo se dice.

Se equivocan los que llaman pretenciosa a la película. Es un error llamar pretencioso a lo ambicioso, y el salto que da Iñárritu con esta, de lejos su obra maestra, es una absoluta genialidad. Onírica y surrealista, todo en ella es un espejo de la realidad. A primera vista, puede caer uno en el juego de que “al final todo fue un sue-

ño” de Silverio Gama, pero hasta este recurso fácilón tiene una razón de ser. Es, en todo caso, el telón de fondo. Mateo, el hijo que solo vivió un día, es el pequeño caníbal que devora el matrimonio de Silverio y Lucía, un pequeño ente que no pasó de ser una idea, un proyecto fallido. La Ciudad de México y la migración en la frontera norte, los desplazados que retrata en sus documentales, los narcos que toman la palabra en sus entrevistas, los intelectuales orgánicos al servicio no del poder sino del demonio acéfalo que es la opinión pública, los desaparecidos que hinchan de cadáveres a nuestro país, todo se congrega en un desfile de máscaras donde el hombre es una botarga de sí mismo, y lo vuelven un bardo, el único capaz de decir las cosas tal y como son.

En una escena, Silverio camina en el reguero de soledades del Zócalo, donde un gigante –acaso el Motecuhzoma de pies de barro del que escribieron Carlos Fuentes y Fernando Benítez– yace derribado ante una pirámide de cuerpos mientras desde la cima Hernán Cortés recita versos de “Petrificada petrificante” de Octavio Paz.

No sé mucho de cine, pero algo sé de la frustración. Cada diálogo de la película, una flecha directa al ego. Cada escena, unas exequias a nuestra cultura.

Bardo es una película sobre el síndrome del impostor: la imposibilidad del artista para encontrar-



se y reconciliarse consigo mismo, con su intimidad; sobre la incapacidad asfixiante de que uno se sienta cómodo con sus logros, sobre la infelicidad que causa el saberse un perpetuo extranjero, que no quiere vivir la vida que vive ni tampoco cree merecer la muerte que no le toca. La eterna frustración de quien –me vence la autoproyección– intenta crear con todo su empeño algo que al final nos encadena. ¿Es un artista sus premios, sus críticas, su Obra? La vida que le tocó vivir, ¿es de veras suya? Y la vida que le escupen los otros, ¿es en serio la vida que vivimos? Los reclamos que nos maniatan, las disculpas que ofrecemos a nuestros padres y amigos, los pasos que nos aplastan y las victorias que nos derrotan, ¿son de veras nuestras?

México en esta película es un eufemismo del Infierno. Una patria donde la desigualdad, la injusticia, la contradicción son el pan de cada día: la materia –como los sueños– de la que estamos hechos. Parodia de sí misma, *Bardo* tiene un humor y una búsqueda de totalidad que recuerda al *Palinuro de México*, y su cacería estética no es menos afanosa. Nada ni nadie queda bien parado; todos son (somos) arrasados por las borrascosas olas de la inmensidad. Cada escena explora un recoveco de nuestra existencia: la ternura del perdón, la inocencia del elogio, la arrogancia de la modestia, la pesadez de la banalidad, el sueño de la razón que no produce monstruos sino que nos deja desnudos de voluntad y de fuerzas, bailando, arrobados como idiotas, en una orgía de desapegos.

Bardo es una película sobre el síndrome del impostor: la imposibilidad del artista para encontrarse y reconciliarse consigo mismo, con su intimidad; sobre la incapacidad asfixiante de que uno se sienta cómodo con sus logros, sobre la infelicidad que causa el saberse un perpetuo extranjero.

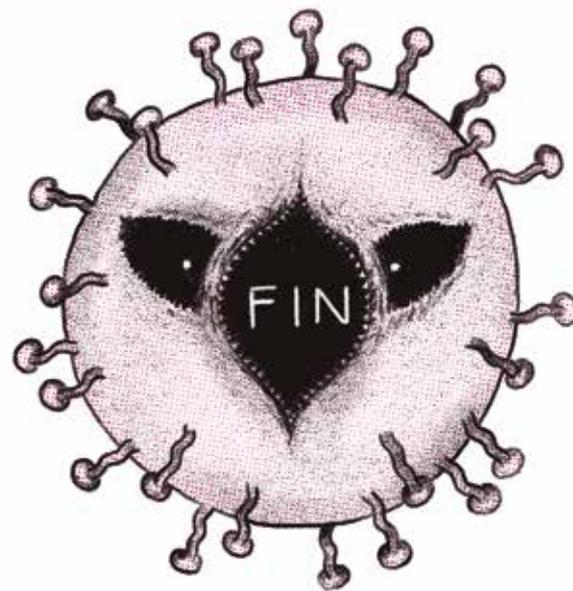
13-2-23

Lunes, 6 p.m. Voy con mi psicoanalista. Le expreso que me siento como en *Bardo*, que siento que las cosas que he alcanzado no las merezco, que mi vida la vivo como Silverio bailando desentonado de esa fiesta que es para él y, sin embargo, donde es un completo extraño.

–Perdona E*** –le digo–. ¿Viste *Bardo*?

–Sí –asienta con la cabeza–. Creo que es lo mejor que ha salido en una década.

Es lindo escuchar esta opinión entre todo lo que, a la fecha,



sigo leyendo sobre *Bardo*. (En su mayoría, insensateces.)

Hace 100 años un señor llamado James Joyce publicó una novela llamada *Ulises*, y de no haberle puesto ese nombre, quizá nadie hubiera advertido que esa obra era la odisea de un hombre (Leopold Bloom) en un día cualquiera en Dublín. Si Iñárritu, 100 años después, no le hubiera puesto *Bardo* a su película, que intenta decirlo todo sobre el *ethos* mexicano, aun así habría habido algún sensato que dijera: Detengan todo, hemos encontrado a nuestro Shakespeare, nuestro Homero. **LPyH**

Maximiliano Sauza Durán (Querétaro, 1993) es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la uv. Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020 con *Los dioses que huyeron*.